

BIBLIOTECA

• *Los Grandes Filmes*

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



Sonrisas
y
lágrimas

POP
BELLA MODA

50 cts.

BIBLIOTECA

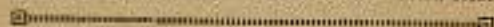
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BUSTACHE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 15551



Sonrisas y lágrimas

Sentimental producción nacional

Interpretada por la eminente artista
HELLA MOJA y otros notables intérpretes
españoles




REPERTORIO

La Aristocracia del Film

M. de Miguel

Consejo de Ciento, 294

BARCELONA



Sonrisas y lágrimas

Argumento de la película

En el llano andaluz, tierra quemada por el sol, se levantaba la mole de un hermoso convento, un rincón de paz y de frescura, el Colegio de Santa María, pensionado de aristocráticas señoritas.

Algunas veces se abrían de par en par sus recias puertas claveteadas, y algunas de las avecillas allí prisioneras tendían el vuelo hacia la libertad.

Un coche jardinero las conducía hacia la estación, por un perfumado camino entre olivares.

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Un día salió del colegio Rosario de Rocamora, muchacha de una belleza angelical, hija única de la marquesa de Rocamora. Por primera vez iba a enfrentarse al mundo, apenas entrevisto desde las ventanas del pensionado.

Una monjita ingenua y de rostro infantil despidió a la muchachita. Puso en sus pálidas y cuidadas manos un libro devocionario, forrado de piel.

—¡Guarda este libro, hija mía! El te recordará siempre que debes ser buena y obediente, como nosotras te hemos enseñado.

—¡No lo olvidaré, madre!... ¡Muchas gracias!

Besó la mano de la monja, abrazó a las compañeras, que habían ido hasta allí para decirle adiós, y subió gentilmente al vagón de primera clase del tren que la conduciría a Sevilla.

Partió el convoy. La nena se cansó de agitar sus manos para decir adiós...

Luego, la estación se perdió de vista... y el convoy avanzó por los campos y olivares, maravillosa visión de Andalucía...

En el mismo coche iba un joven militar, el capitán Alvaro Guillén, temperamento franco, noble e impetuoso. Para el enemigo, un león; para las damas, un galante caballero dieciochesco.

Al ver a Rosario, que no podía con el peso de su cargado maletín, para conducirlo desde el corredor del vagón hasta su departamento, corrió a ayudarla generosamente.

—Deje usted que yo transporte su equipaje, señorita...

—¡Gracias!...

Y la ingenua chiquilla, para quien la primera sonrisa del mundo era la sonrisa clara y noble del apuesto oficial, le contempló con simpatía.

Alvaro puso la maleta en la red del coche y luego ocupó un asiento frente al que acababa de ocupar la jovencita.

—¿Va usted muy lejos? — le preguntó con ánimo de trabar conversación.

—A Sevilla.

—También yo. Usted es andaluza, ¿verdad?

—Sí, señor...

Pero Rosario parecía tener pocos deseos de hablar y, guardando silencio, se enfrascó en la lectura de un bello devocionario.

Alvaro la contemplaba sonriente, admirando la linda belleza de aquella mujer en flor, deslumbrante como la primavera.

¡Quó bonita era!

Ella le miraba a hurtadillas, con todo disimulo... No le parecía desagradable aquel compañero de viaje. Pero recordando las instrucciones que le había dado la monja de que no debía hablar con nadie, seguía guardando silencio.

Alvaro fumaba un cigarrillo, y ella, no acostumbrada al humo, tosió...

—¡Perdone, señorita! Abriré la portezuela...

—Es igual... Puede seguir fumando.

—De ningún modo. He cometido una falta de cortesía al hacerlo.

Abrió la ventanilla para que se renovara la atmósfera y tiró por el hueco su cigarrillo.

Ella le envolvió en una mirada de reconocimiento y volvió a sumirse en la lectura del devocionario.

Dos horas después llegaban a la deslumbrante capital andaluza. Mucho antes de entrar el tren en agujas, Rosario, con la prisa y el temor de todos los no avezados a viajar, aguardaba ya junto a la plataforma, con su equipaje.

Despidióse del oficial con una sonrisa amable... y apenas se hubo detenido el tren, saltó ágilmente...

La joven creía encontrar en el andén a su madre... pero la señora marquesa estaba en Madrid.

Viuda desde muy joven, la marquesa de Rocanora, frívola y egoísta, brillaba en la buena sociedad de Madrid, tan preocupada consigo misma, que había olvidado que su hija, convertida en mujer, regresaba en aquellos momentos a su finca de Sevilla.

En su sustitución esperaba a Rosario la fiel Loreto, la que había sido su nodriza y en su infancia había servido a la joven de madre, más que la madre verdadera.

Acarició dulcemente a esa vieja amada, la que le recordaba los días azules de su niñez.

—Y mamá, ¿cómo no ha venido a recibirme?

—Me encargó que te abrazase en su nombre, pues asuntos urgentes la retienen en Madrid.

—¡Cuánto lo siento!

Entretanto, el capitán Alvaro Guillén, al recoger su equipaje, dióse cuenta de que la muchacha se había dejado olvidado en el vagón el libro que había constituido su distracción durante todo el viaje.

Era un elegante devocionario de mujer, que Alvaro hojeó, encontrando en su segunda página esta dedicatoria:

"A Rosario de Rocamora, en recuerdo de las horas pasadas en el convento de Santa María.

"Sus profesoras y compañeras."

Sonrió el oficial acariciando aquellas páginas que tantas veces los dedos de la mujercita habían tocado.

No le sería muy difícil averiguar dónde vivía la señorita Rocamora. Bendecía aquella distracción. Esto le serviría de pretexto

para volver a ver a la silenciosa ex colegiala.

En tanto, Rosario, con Loreto, había subido a un "landó" y pasaba por las calles de la incomparable Sevilla, camino de su casa...

La joven se emocionaba al volver a contemplar la ciudad, de la que había estado ausente durante varios años.

¡Oh, Sevilla!

Bajo el sol de fuego, ríe toda ella en sus casas enjabelgadas, en sus rejas floridas, en sus callejas tortuosas; y sólo en los atardeceres su risa se trueca en la melancolía de una copla gitana.

Y el alma de Rosario se iba llenando de toda la luz que derramaba la copa luminosa del paraíso del Guadalquivir.

En el vergel maravilloso de las afueras de Sevilla, se levantaba un palacio, "Los Cármenes", la finca de la marquesa de Rocamora.

Llegaron allí las dos mujeres... Y la florida casa pareció estremecerse cuando por sus patios morunos resonó la voz de cristal de Rosario, que entonaba himnos a la gra-

cía luminosa de aquellos jardines de ensueño.

La marquesa seguía en su casa de Madrid, olvidando a la hija que con el paso de los años iba haciendo vieja a la madre.

No quería tenerla a su lado, pues las gentes establecerían comparaciones y la edad de la marquesa, misterio eterno, tal vez lograra entonces ponerse en claro...

La marquesa de Rocamora tenía sus dificultades financieras. Su rumbo espléndido de vida consumía rentas enormes, y para ello no llegaba su caudal, menguado por sucesivos excesos.

Cierto día, recibió una carta que la puso de profundo mal humor:

Banco Hispano-Americano

Madrid

"Señora Marquesa de Rocamora:

"Distinguida señora:

"Sentimos comunicar a usted que desde hace algún tiempo existe en su cuenta corriente un saldo en contra suya de bas-

tante consideración. Esperamos se servirá usted reembolsar cuanto antes esa cantidad.

"Sus affmos. s. s.,

J. García, Director."

¿Cómo encontrar un medio para poder sustraerse a aquella escasez que la amenazaba?

De pronto, mientras más preocupada se hallaba con su situación, una doncella le entregó la tarjeta de un visitante.

La marquesa leyó con gran satisfacción:

Julio Mendoza

Madrid

Sonrió con aire de triunfo, y después de arreglar su belleza otoñal del mejor modo que le dictó su experiencia, se dirigió al encuentro del visitante.

Julio Mendoza, una de las primeras figuras de las finanzas, estaba acompañado de Carlos Sandoval, el mejor amigo de la marquesa de Rocamora.

Sabía la marquesa que Mendoza se había prendado de ella. Y ante la idea de que los millones del financiero pudieran ir a

dorar los desvencijados escudos de los Rocamora, se trocó su pesimismo en alegría.

Entrechó la mano de Sandoval y oyó las palabras de éste, que señalaba a Mendoza, hombre de unos cuarenta años, bien conservado y pulcro.

—Le presento a mi amigo Mendoza, que estaba interesadísimo por conocer a usted...

—Sandoval no ha exagerado, señora —dijo el hacendista, besando la mano de la marquesa—. Muchas veces la he visto a usted en sociedad, y siempre he deseado conocerla personalmente.

—Yo también le conocía a usted... por referencias.

Fueron a sentarse a un diván situado en un discreto rincón de la habitación... Sandoval se entretuvo junto a una mesa, leyendo varias revistas. No quería estorbar... Sabía que Mendoza estaba enamorado de la marquesa, y quería dejarle el campo libre.

La marquesa les invitó a tomar el té y la velada resultó inolvidable y deliciosa...

Mendoza se propuso volver en días sucesivos. Personalmente tratada, la marquesa

era muy interesante. Su belleza otoñal servía de marco a un alma inquieta y romántica aun...

Y la de Rocamora no creyó despreciable ni mucho menos al banquero.

—Pienso contarle desde hoy entre mis amistades más fervorosas—le dijo—. Cuento que ha de volver.

—Será un vivísimo placer para mí el complacerla, señora marquesa...

Y al estrecharse las manos, pareció juntarlas la corriente magnética e incomprensible de la simpatía...

Allá en Sevilla... el capitán Alvaro Guillén averiguó la dirección de su linda compañera de viaje, cuyos ojos negros y reidores no había podido olvidar y, acompañado de su asistente Manolo, se dirigió en un cochecito hacia la finca.

Pasaban por los alrededores de la ciudad, que se divisaba a lo lejos con el campanario cabelto de la Giralda.

Una familia gitana salió a su paso y

mientras el matrimonio tocaba la guitarra, los niños bailaban una zambra de ardientes pasos.

El capitán detuvo el coche y se quedó breves momentos contemplando la danza.

Otro de los chicuelos del matrimonio aprovechó la ocasión para encaramarse a una de las ruedas del coche y apoderarse de un cesto con comida... No se debía perder el tiempo...

Después de dar algunos céntimos a los vagabundos, prosiguieron su camino, hasta llegar a la magnífica finca de la marquesa de Rocamora.

Descendieron del coche y al darse cuenta de que habían sido robados, hicieron sobre ello sabrosos comentarios, maldiciendo a los gitanos.

—¡Espérame un poco lejos con el coche!—dijo el oficial al asistente, al ver deslizar, no muy lejos de allí, por la mansa corriente del río, una lancha guiada por una mujer.

Fué acercándose lentamente, dando un rodeo para no ser sorprendido y pronto reconoció en la muchacha de la barca a la

joven que le interesaba. ¡Cuán diferente era ahora a la viajera que unos días antes había dejado olvidado el libro!

Ya no tenía aquel aire de colegiala atontada, sino que sonreía alegremente, vestida con elegante traje, a la caricia primaveral de la Naturaleza.

El oficial acercóse a las márgenes del río y la llamó.

Una luz de intensa alegría iluminó los ojos de Rosario, que paseaba sus ojos por el río y que había recordado algunas veces el rostro varonil visto en el tren.

Sonriente, acercó la embarcación a la orilla y saltó a ésta con simpática gentileza.

Ya no bajaba los ojos como antes, sino que sonreía contemplando al capitán con luz de pureza y de bondad.

—¿Usted aquí? ¿Quién iba a pensar en verle?

—¿Me reconoce, no es así?

—¡Ya lo creo!

—Usted me perdonará, pues, mi atrevimiento... pero se dejó usted algo olvidado en el tren...

—Sí... el libro...

—¡Aquí se lo entrego!... Lo recogí poco después.

Lo puso en sus manos, y una gran alegría invadió a la muchachita.

—¡Si viera usted cuán reconocida le estoy! ¡Haber hecho este viaje por mí!

—No me importa. Descaba volverla a ver.

—¿Por qué?

—Porque quedé esclavo de sus ojos...

Aquel requiebro, que por primera vez oía la muchachita, la cautivó profundamente y pareció haberle causado gran impresión...

Pascaron largamente por el jardín... se sentaron en uno de los bancos de piedra, gozando del dulce marco del paisaje y de la suave temperatura de aquel breve atardecer.

Cuando el oficial se despidió, estaba ya prendido en los encantos de ella, y también Rosario sentía que en su alma surgía el trono del amor.

Y tras aquella tarde, llegaron otras en que la amistad de ambos jóvenes fué más íntima y cordial...

En la calma perfumada de "Los Cármenes", sin ser vistos por nadie, proyectaban

ensueños, dorados apuntes en el gran libro frágil del porvenir.

Rosario era protagonista de una novela de amor; la vivía intensamente, ampliamente...

Un día, el capitán Alvaro le declaró aquel cariño que llenaba toda su alma de bravo, avezado al peligro. Y ella, que sólo aguardaba esta declaración, le brindó los labios como símbolo de su correspondencia.

¡Con qué delicadeza se querían! ¡Con qué emoción se paseaban por las largas e inacabables avenidas de la finca, hablandose al oído, oyendo el canto de los pájaros que al atardecer parecían, con sus trinos, que despidiesen al sol!

Su amor tenía, además, el doble incentivo del peligro. Nadie conocía en casa de la colegiala aquella aventurilla romántica que tan hondas huellas iba dejando en el alma de Rosario. Ni siquiera Loreto, la fiel nodriza y mujer de toda confianza, había recibido atisbos de aquella pasión.

Ella justificaba su estancia por los bosques y jardines, a causa de su gran amor

hacia la naturaleza... y su deseo de soledad.

No diría nada hasta que regresase la marquesa de Rocamora, su madre. Entonces formalizaría su situación, diría a la marquesa que, apenas libre de las cadenas del colegio, había caído prisionera en las cadenas del amor, mucho más dulces, pero mucho más intensas...

Y estaba segura de que su madre accedería a aquel casamiento.

Algunas veces, el oficial demostraba repentina tristeza, como si le pareciera imposible ver realizada aquella malla de luz con que tejía sus ensueños.

—Nuestro sueño de amor nunca podrá realizarse, Charito—le dijo una tarde.

—¿Por qué?—preguntó, angustiada.

—Porque soy únicamente un pobre oficial... sin otra fortuna que mi sueldo.

—¡Qué tontín eres, Alvaro!... ¿Qué importa ello?... Aun sin contar nada de lo mío, sólo con lo tuyo tendremos para vivir... Yo no estoy acostumbrada a demasiados lujos, chiquillo; en el colegio no existen... Y lo que nos falte, lo suplirá nuestro cariño,

—¡Qué buena eras, Rosario! Pero, tu madre, ¿será de la misma opinión?

—Mi madre... no parece preocuparse gran cosa de mi felicidad, créeme... Aun no ha estado a verme desde que salí del colegio... No comprendo qué hace allí en Madrid...



—*Nuestro sueño de amor nunca podrá realizarse...*

Pero cuando regrese, verás qué pronto nos da su consentimiento para que tú y yo formemos nuestro nido de cariño...

Y aquellas palabras le contagiaban de optimismo y todo él se sentía bañado en esa embriagadora luz.

Y creía también con ella, que ninguna dificultad podía amenazar su dicha.

Y mientras en Sevilla avanzaba el idilio de primavera, continuaba en Madrid el idilio de otoño...

Mendoza se había declarado a la dama de sus ensueños, y ésta, a quien no desagradaba la idea de ser banquera, aceptó de mil amores.

Pronto iba a tener estado oficial el noviazgo. Ni él ni ella deseaban relaciones largas. Esto se deja para los jóvenes, que tienen mucho tiempo por delante para perder. Ellos no podían desperdiciar la vida... Debían sujetar la felicidad antes de que se les pudiera escapar.

La marquesa, enamorada a su modo de Mendoza, y de sus dineros, que le permitirían vivir en lo sucesivo sin temores ni angustias, preparaba su viaje a Sevilla para

dar cuenta a su hija de sus propósitos amorosos. Luego, otra vez a Madrid... y a casarse.

Su hija, ignorante por completo de los anhelos de aquel corazón maternal, se consumía por otra parte en la misma llama de amor en que arde el alma de la mujer.

Una tarde se presentó el joven oficial con una sonrisa más optimista que otras veces.

—Tengo que darte una sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Lee.

La joven leyó un comunicado oficial del Ministerio de la Guerra, que decía así:

"Señor don Alvaro Guillén.

"Sin dejar el mando de su compañía, es usted destinado por el Excmo. Sr. Ministro de la Guerra a la Academia Militar de Madrid, debiendo personarse en ésta el 17 de junio de 1925."

—Entonces — dijo ella devolviéndole el documento — ¿tendrás que separarte de mí?

—Pero, en cambio, nos aproximaremos a nuestro porvenir... a la realización de nuestros sueños... Todo eso son méritos para

mi hoja de servicios. Acaso futuros ascensos...

—Es verdad, Alvaro... pero siento tanto que te vayas... ¿Cuándo marcharás?

—Tardaré dos o tres días...

—¿Qué triste me parecerá mi casa sin ti! Es preciso que me escribas cada día.

—Te escribiré cada día dos veces. ¿Estás contenta?

Y le besó la mano sonriente... y ella le vió partir, sintiendo que su alma era suya, toda enteramente de él...

Al día siguiente, Rosario no podía quitarse de la imaginación la próxima partida de su novio... Rechazó la merienda, a pesar de las instancias de Loreto para que la tomara.

—¡No!—dijo, cubriéndose el rostro con las manos—. No me encuentro bien... Lo que voy a hacer es descansar un poco.

Levantóse y fué a pasear por las umbrías avenidas del jardín, adonde no tardó en llegar el joven capitán, y ambos, cogidos del brazo, pasearon con las manos unidas, soñando en el futuro...

Loreto, poco después de quedar sola, re-

cibió un telegrama de Madrid. Era de la marquesa de Rocamora, y decía:

"Salgo en automóvil para esa. Esperadme por la tarde."



—No me encuentro bien...

Alborozada ante aquella noticia, la buena mujer corrió a buscar a la joven por el parque.

No encontraba a Rosario... De pronto, llamó su atención ver en un banco un bastón de caña y un par de guantes de caballero.

Se estremeció... ¡Dios mío! ¿qué podían significar aquellas prendas varoniles allí?

Temerosa, fué buscando por las alamedas, hasta encontrar a Rosario, que iba del brazo con el capitán.

Juntó las manos en ademán de terrible sorpresa.

—¡Oh, Dios!—exclamó. ¿Cómo está la juventud!

Corrió hacia la muchacha, ésta, un poco turbada, se deshizo del brazo del capitán Alvaro y presentó a éste.

Loreto contestó fríamente a la reverencia del militar, quien, con una sonrisa de hombre a quien la conciencia nada acusa, se alejó de allí, después de decir a Rosario:

—¡Adiós, señorita!...

Cuando las dos mujeres quedaron solas, Loreto miró a la muchacha de pies a cabeza.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es ese joven?

—Perdóname, Loreto—respondió, encendida como la grana, pero con la firmeza del que desea defender su amor—, ¡Es mi novio!... Un bravo oficial... un buen mucha-

cho... ¡Le quiero, Loreto!... ¿Tú sabes lo que es eso?... ¡Querer a un hombre!

Loreto cerró los ojos y lanzó un largo suspiro.

¡Querer a un hombre! Ella había amado a su marido, muerto ya hacía muchos años. Sí, amar era una cosa muy buena y muy dulce.

—Bueno, hija mía... Yo no debo oponerme... Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

—¿Qué quieres, Loreto? A veces, es una tan feliz manteniendo secreta su felicidad...

—¡Ay, chiquilla! ¿Quién pudiera volver a tus años!... Y, a propósito, ¿no sabes la noticia? Tu madre va a venir.

—¿De veras?

—Lec.

Palmoteó de júbilo al enterarse del telegrama. ¡Ver a mamá después de tanto tiempo!

—Le hablaré de mi boda... Estoy cierta de que va a alegrarse.

—¡Quiéralo Dios!

Y aquella tarde, la marquesa de Rocamo-

ra llegó a "Los Cármenes". Se había acordado al fin de que era madre.

Después de abrazar nerviosamente a su hija y saludar a Loreto, dijo:

—Charito se viene conmigo a Madrid ahora mismo, esta misma noche. Haga preparar el equipaje...

—¿Nos vamos, mamá?

—Sí, hija mía... Ya eres una mujer, Charito, y voy a aclararte nuestra situación.

—¿Qué, mamá?

—Estoy arruinada, completamente arruinada, y, créelo, es por eso únicamente por lo que me decido a casarme de nuevo.

Rosario sintió un profundo dolor al escuchar las palabras de su madre. Le pareció que con motivo de su casamiento, iba a perderla más y más, encontrándose en lo sucesivo más sola y abandonada que nunca.

¡Ah! su madre se casaba; pero, ¿es que ella no pensaba también hacer lo mismo? Y entre sonrisas y lágrimas, confesó a la marquesa el cariño que sentía su corazoncito de virgen, el amor que había nacido en su corazón hacia el oficial Alvaro Guillén.

No pareció encariñarse la madre gran cosa con aquellos propósitos de boda, ni mucho menos.

Preguntó si el oficial era rico, y al contestarle con una negativa, aumentó en su alma la desilusión.

¿Por qué ir tan aprisa, Rosario? Cuando llegase el momento oportuno, ella misma le buscaría un novio rico y de familia noble, digna de emparentar con la fuerte casa de los Rocamora.

Mientras, ¿por qué buscarse quebraderos de cabeza? Pero como la hija insistiese con torquedad en la defensa de su amor, la marquesa pareció transigir, y dijo:

—Bueno, nena... Ya hablaremos de eso más adelante... Cuando yo me haya casado...

Se dirigieron a Madrid. También el capitán Alvaro Guillén, trasladado a la Academia Militar, se encontraba en la Corte. Sabía que su amada se encontraba en la capital, y esto le producía una indescriptible sensación de felicidad.

Algunos días después de su llegada, la marquesa de Rocamora celebraba su boda con el banquero Julio Mendoza.

La fiesta fué espléndida, asistiendo muchos invitados.

Entre ellos se encontraba Fernando de Córdoba, amigo íntimo de Mendoza, y como él financiero de altura.

Desde el momento en que conoció a Rosario, habían nacido en él unos grandes deseos de tratar también íntimamente a la nueva familia de su amigo.

Los novios abandonaron Madrid en viaje de luna de miel. Antes de marchar y mientras recibían las felicitaciones de sus amigos, Fernando de Córdoba, que había estado cortejando durante toda la ceremonia escandalosamente a Rosario, dijo a los nuevos esposos:

—Váyanse ustedes tranquilos. Yo procuraré hacer agradable la estancia de Rosario en Madrid.

Mendoza sonrió. Parecía adivinar los propósitos de su íntimo amigo, una de las primeras fortunas de la Corte. Y no le des-

agradaba la idea de que Fernando de Córdoba se convirtiera en su yerno.

Rosario, con su ingenuidad de muchachita que apenas ha comenzado a vivir, aceptaba resignada las tiernas solitudes de Fernando, que atribuía únicamente a buena amistad. Su corazón, en cambio, vibraba sólo por el oficial cuyas entrevistas seguían siendo ocultas.

La nodriza Loreto había llegado a Madrid. Ella no podía separarse nunca de la jovencita. La amaba tanto como si le hubiera dado el ser.

Al día siguiente de haberse casado su madre, Rosario recibía una esquelita de Fernando de Córdoba, que decía:

"Tengo el honor de invitar a la señorita Rosario de Rocamora a dar un paseo en coche mañana por la mañana, a las once."

Ella suspiró aburrida. Era pegajoso aquel muchacho. Pero como le habían recomendado que fuese muy amable con él, se resignaría a aceptar su compañía.

Aquella misma tarde, Rosario, acompañada de Loreto, se dirigió al Retiro, donde la esperaba su novio, el capitán Alvaro.

Loreto había accedido, por cariño a su señorita, a acompañarla a aquellos citas de amor. Aunque al principio opuso resistencia, no tuvo más remedio que acceder, pues le conmovieron las lágrimas de la niña.

Y aguardaba sentada en uno de los bancos del parque, mientras los dos enamorados paseaban por las hermosas alamedas, como allá en "Los Cármenes" sevillanos...

—No me hago ilusiones — dijo Rosario aquella tarde a su novio—. Comprendo con pena que ahora he perdido a mamá completamente...

—Pero me tienes a mí. ¿No basto yo para llenar ese hueco?

—¡Sí, es cierto, Alvaro mío! ¡Ah! ¿cuándo se cumplirán nuestros ensueños de dicha?

—Pronto, niña mía. Tan pronto como me libre una mejor posición... y eso no puede tardar en suceder.

Loreto se aburría en su papel de "carabina". Una gitana acercóse a ella y le dijo:

—¿Quién que te la diga, resalá? Anda, que con esos ojos de Virgen de Muriyo,

te yevarás a los hombres prendíos en las pestañas...

Loreto era supersticiosa, y al verse tan bien tratada, no vaciló en poner unas moneditas en la mano sucia de la gitana, y en que ésta le dijera la buenaaventura.

—Tendrás un marío guapo, joven y rico, que estará por tus hechuras loquito perdido... Te lo juro—le dijo la mujer.

—¡Ojalá no te equivoques!...

Y suspiró la vieja, que no se había resignado nunca a su viudez.

Luego, impaciente, llamó a Rosario, que se despedía del oficial, y las dos emprendieron su retorno a casa.

* * *

A la mañana siguiente, cuando se extinguía en el aire la última campanada de las once, Fernando de Córdova fué a buscar en su lujoso "landó" a Rosario de Rocamora y a Loreto.

Con ellas recorrió Madrid, admirando la Corte.

Y en días sucesivos convirtiéndose en el ci-

cerone constante de Rosario, en el hombre que unía a su cultura un profundo respeto hacia la muchachita. Ella no sentía por él otra cosa que una buena amistad, sin pensar en que Fernando tuviera propósitos bien distintos.

Pero una noche, la casualidad, que tiene extraños caprichos, hizo que el capitán Alvaro de Guillén descubriese a Rosario en coche, hablando con Fernando de Córdoba.

Los celos más feroces anidaron en el alma del militar, quien se consideró traicionado, engañado, por la criatura que era el mayor encanto de su vida.

Desesperado, deseanado aclarar la situación, le envió una cartita urgente, comunicándole sus celos y pidiéndole una entrevista rápida.

Rosario, disgustada por el dolor que veía reflejado en aquellas líneas, contestó a su novio:

"Espérame a las tres en el Parque de Alfonso."

Y a la hora señalada, Loreto acompañó a su señorita al solitario Parque, donde, con-

sumiéndose de impaciencia, se encontraba el capitán Alvaro.

—¡No lo niegues!—le dijo él apenas estrechó sus manos—. ¡Me engañas!... ¡Te casarás con otro hombre!

—¡No, Alvaro, no!... Ese muchacho es sólo un amigo, te lo juro... un amigo de casa.

—¿Por qué va, entonces, contigo?

—Mi madre lo quiere... Es un amigo de Mendoza... No puedo negarme sin desairarlo.

—Temo demasiado de esa amistad.

—¡Tontuelo! Tú ya sabes que no quiero ni puedo querer más que a un hombre... y ese hombre... eres tú.

—¿Hablas con el corazón? ¿No me mientes?

—¿Lo puedes dudar, Alvaro?

Sus manos se enlazaron en dulce cordialidad.

—¿No volverás a dudar más de mi cariño? ¡Prométemelo!

—¡No, nunca más! Pero no quiero volver a sufrir como he sufrido ahora... En cuanto regresen tus padres, pediré tu mano... Has de ser mía, mía solamente...

—Alvaro... ¡qué felicidad! Yo estoy convencida de que mi madre autorizará el casamiento.



—¿No volverás a dudar de mi cariño?

Y en aquella embriagadora ilusión vivieron nuevos días, sin que Fernando de Córdoba, siempre respetuoso y sumiso en su cariño, adelantara un solo paso en la conquista de aquel corazón de mujer.

Y algunos días después regresó el feliz matrimonio... Y tras los naturales transportes de alegría, Rosario comunicó a su madre que Alvaro de Guillén iría al día siguiente a pedir su mano.

La dama movió tristemente la cabeza e intentó disuadir a su hija, pero no consiguiéndolo acabó por rendirse a la evidencia. Bien. Por su parte no se opondría. Ella sólo deseaba a un hombre digno de su hija y que la hiciera dichosa.

Pero cuando el señor Mendoza conoció la noticia, arrugó el ceño con profundo malestar.

—¿Por qué tanta prisa en casarse? Ella es muy joven aún...

—Dice que no quiere esperar más...

—Ya veremos. Un hombre sin dinero no es un buen partido para una Rocamora... ¡Con los hombres ricos que andan por ahí!...

Y su imaginación pensó en Fernando de Córdoba, el amigo íntimo y noble al que deseaba ver entrar en la familia.

Aquella tarde, Fernando fué a visitar a sus amigos y encontró en el señor de Mendoza a un poderoso aliado.

Cuando Fernando, después de haber estado atentísimo con Rosario, salió de la casa, el banquero dijo a la muchacha:

—¡Piénsalo bien, hija mía! Hombres como Fernando no se encuentran a la vuelta de cada esquina.

—¿Casarme con él?—dijo ella, sorprendida—. ¡No, señor!... ¡Eso nunca!... ¡Mi alma ya tiene dueño!

—Pues es una tontería... No encontrarás mejor partido que Fernando... y me parece que eres demasiado joven para desobedecer.

—¡Ni órdenes ni amenazas, señor!—respondió un poco indignada—. Tengo edad suficiente para disponer de mi persona.

—Peor para ti, si te empeñas...

Una hora después, el señor Mendoza recibía la visita del capitán Alvaro de Guillén.

Le recibió con cierta frialdad y no estrechó la mano que el militar alargaba.

Un poco desorientado por la helada actitud, el capitán, tras algunos rodeos, explicó su propósito.

—Estoy enamorado de Rosario... y como

creo que ha llegado el momento de casarme con ella, tengo el honor, señor, de pedir a usted la mano de la señorita de Rocamora.

Mendoza, acostumbrado a los negocios, sonrió de modo diplomático. Ya sospechaba él a lo que venía el capitán... Con gran cortesía, pero con un tono que no admitía la menor réplica, contestó:

—Yo quisiera que no tomase usted a desaire una negativa... pero tenemos otros proyectos acerca de Rosario.

—Bien... está bien...

Violento, enfurecido, salió de aquella casa donde acababan de darle chasco tan enorme. ¡Oh, qué rabia tenía! ¿Y Rosario le había asegurado que sus padres no se opondrían a la boda? ¿Podía haber mayor escarnio?

Al salir encontró en el corredor a un joven que le miraba con torpe expresión. Reconoció en él al hombre que acompañaba a veces a Rosario: a Fernando de Córdoba.

Le contempló con odio feroz y volviéndole la cara, salió a la calle.

Fernando que, después de haber dado un paseo, venía a visitar de nuevo a Mendoza

para unas cuestiones financieras, se enteró, por boca de su amigo, de los motivos de la visita del capitán Alvaro.



—Yo quisiera que no tomase usted a desaire una negativa...

Ambos rieron y comentaron la noticia:

—Confío que no me negarás a mí también la mano de Rosario...

—Tú eres distinto—le respondió Mendoza, dándole unos golpecitos en la espalda—.

Somos amigos íntimos... y será para los dos una gran satisfacción emparentar.

Y sin contar con la interesada, siguieron trazando planes en la pizarra del porvenir.

A la desesperación de Alvaro sólo se abría un camino: Marruecos. Ya que no podía lograr el amor de lo que más adoraba en la tierra, le pediría a la guerra el olvido de sus tristezas.

Marchó en dirección al Ministerio de la Guerra, y entrando en una de las oficinas, pidió ser destinado como voluntario a las avanzadas africanas.

El coronel celebró su rasgo de patriotismo y le dijo:

—Voy a telegrafiar inmediatamente al Mando, y hoy mismo recibirá usted una contestación.

Cuando salió del Ministerio, parecía encontrarse más aliviado. Borraría con una vida de lucha, los dolores de su existencia sentimental.

Pero durante todo aquel día, Alvaro conoció un dolor punzante, cruel: los celos. La idea de que Rosario fuera de otro, de

aquel atildado y antipático Fernando de Córdoba, le ponía fuera de sí.

Y cuando Rosario se enteró por boca de Mendoza del resultado negativo de la en-



—*Voy a telegrafiar inmediatamente al Mando...*

trevista del capitán, experimentó también verdaderas amarguras. Y aquel mismo anoche, acompañada de Loreto, se dirigió a casa de Alvaro de Guillén.

La nodriza esperó en el automóvil, y Ro-

sario entró a ver al capitán que se encontraba llorando, presa de intensa desesperación.

—Alvaro... ¿quién iba a sospechar!...



—*¡Yo soy inocente, Alvaro!*

—*¡Déjame! ¡Entre nosotros todo ha terminado! ¿Es que no podías haberme evitado semejante humillación?*

—*¡Yo soy inocente, Alvaro... te lo juro! En cuanto lo he sabido, me ha faltado tiempo para venir a verte.*

—¡Qué infamia! ¡Cómo me ha recibido Mendoza!

Ella lloraba.

—Si es preciso... vámonos de aquí... lejos... lejos... todo antes que perderte. Yo soy mayor de edad... nos casaremos en secreto...—dijo ella con intensa emoción de mujer enamorada.

—Es demasiado tarde. Lee...

La joven pasó sus ojos asustados por un telegrama:

"Tetuán, Marruecos.

"El capitán Alvaro Guillén se incorporará inmediatamente mando segundo batallón.

"Jefe Estado Mayor."

—Pero, ¿es posible?... ¿Te separarás de mí?...

—¡Sí! La Patria es ahora el gran amor de mi vida.

—Yo te adoro con locura, Alvaro... ¡Casémonos antes de irte!... Yo te esperaré... Nada puede separarnos... Estamos unidos hasta la muerte... más allá de la muerte...

—¿Lo quieres, lo quieres?

Se dieron un fuerte beso y acordaron con

la rapidez que exigían las circunstancias, que a la mañana siguiente, una hora antes de partir él para su destino a Africa, se casarían...

Y así ocurrió...

A la misma mañana de la partida, en las afueras de la ciudad, en la humilde capilla de San Lorenzo, recibían ambos la bendición nupcial, siendo testigos la nodriza Loreto, que bien a pesar suyo había accedido a serlo, y el asistente Manolo.

Los novios se besaron apasionadamente al salir.

—¡Adiós, mi vida!—dijo el militar—. Nada me ocurrirá... y cuando vuelva, pese a todo el mundo, proclamaremos la gloria de nuestro amor.

—¡Te amo con toda mi alma!... Rezaré por ti... y la Virgen te devolverá sano y salvo.

—¡Así lo espero!...

Y mientras ellos pronunciaban las últimas y tiernas palabras de despedida, Loreto decía al asistente Manolo:

—Vela tú por él, Manolo... que no le su-

ceda nada malo... Rosario se moriría de pena.

Y el capitán partió en automóvil, mien-



—*¡Te amo con toda mi alma!*

tras la que ya era su esposa agitaba desesperadamente las manos en un último e implorante adiós.

Agosto de 1925.

La hoguera de Marruecos parecía extinguida... Pero las tropas españolas acampaban sobre la tierra inquieta de un volcán...

Y en las noches de campaña, el capitán Alvaro, sentado ante su tienda, escribía tiernas cartas a su adorada esposa.

Mi queridísima, mi inolvidable Charito...

El tiempo pasaba.

Las operaciones de otoño, proyectadas desde hacía ya tiempo, iban a empezar en la zona del Oeste. La lucha iba a ser ruda y terrible. Se trataba de vencer de una vez para siempre al enemigo.

Rosario recibía como tierno maná capiritual las cartas amadas del ausente.

... y hemos avanzado victoriosamente, conquistando palmo a palmo el terreno al enemigo. Hoy puedo decirte con alegría que he sido propuesto para una alta recompensa.

En su egoísmo, Mendoza y la marquesa no advertían la felicidad callada de Rosario, y no sospechaban ni remotamente que

el matrimonio había santificado aquel amor.

Fernando seguía en sus asedios, pero no encontraba; naturalmente, correspondencia alguna por parte de la joven.



Y las noches de campaña, el capitán Alvaro...

Esto ponía fuera de sí a Mendoza, que no gustaba de perder el tiempo.

—Me voy cansando de esperar—decía a su esposa—. ¿Cuándo se va a decidir tu hija a ser la mujer de Fernando?

La madre, más tolerante, contestaba:

—Aunque no quieras, sigamos esperando. No tenemos derecho a forzar su voluntad.

—Es que Fernando se impacienta... y con razón.

—¡Es excesivo! Creo que por complacer a tu amigo, no vas a sacrificar la dicha de mi hija.

—Ahorrémonos discusiones. Tengo la esperanza de que Rosario acabará por ceder.

Días después los periódicos comentaban como noticia principal los grandes combates que se celebraban en marruecos.

Sangrienta lucha en el terreno montañoso de Axdir. El enemigo, parapetado en las quebraduras del terreno, resiste nuestros ataques.

El alma de Rosario temblaba ante el anuncio de aquellas cruentas batallas. ¡Ay, su marido! ¿Le respetaría la muerte, le respetaría una de aquellas balas certeras que hacían tanto daño?

Alvaro seguía escribiendo a su amada y en una de sus cartas, le decía:

... Hoy puedo darte dos buenas noticias,

Mi ascenso ha sido aprobado y dentro de unas semanas podré volver a tu lado. Entonces diremos la verdad a tus padres...

Durante aquellos días, el alma de Rosario se sintió más alegre que antes. La idea de normalizar su situación le encantaba. Y de pronto, cierta tarde, su madre puso en sus manos la edición de un periódico.

La pobre muchachita se echó a llorar desconsoladamente al leer:

El enemigo, aprovechando la sorpresa de un ataque inesperado, consiguió apoderarse de cuatro casas de madera que estaban en nuestro poder y las cuales volvimos a recuperar en un violento contraataque. Entre los desaparecidos se cuenta el capitán Alvaro de Guillén...

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Eso no puede ser verdad!

Se encerró en su dormitorio y oró con verdadera fe, pidiendo que no se confirmase aquella trágica noticia.

¡Su Alvaro, su marido, prisionero o muerto!

¡No era posible! ¡No podía ser!

Y se sucedieron para Rosario días de angustia, apenas iluminados por una lejana llamita de esperanza.

Un día estuvo a visitarla un sargento que llevaba el brazo en cabestrillo. Un herido de Marruecos.

—¿Es usted la esposa del capitán Guillén?—le preguntó en voz baja.

—Sí... ¿qué ocurre? ¿Me trae usted noticias de Alvaro?...

—Desgraciadamente, malas noticias, señora—respondió, apenado.

—¿Qué se sabe de él?

Y ya las lágrimas afluían a sus ojos.

—¡Oigame usted!... Yo servía en la compañía del capitán. Ya hacía diez días que, en una casita aislada del monte, esperábamos al enemigo sin que éste se presentara... La noche del 25 de septiembre, a la hora del relevo, sin que nadie lo sospechase, atacaron los moros... El combate fué terrible... Alentados por nuestro capitán, Alvaro de Guillén, luchamos hasta el amanecer contra

fuerzas diez veces más numerosas... Caíamos nosotros, uno a uno... Los moros eran muchos más... De pronto, el capitán Alvaro fué gravemente herido en la cara. Me acerqué a él para auxiliarle... Estaba muy grave, señora, mucho... Puso en mis manos una sortija que él llevaba en uno de sus dedos y me dijo: "Te ruego que lo entregues a mi esposa, Rosario Rocamora, allá en Madrid"... No pudo decir más. Cayó en un estado de postración terrible... Aun me parece verlo.

Se interrumpió para evocar la espantosa escena.

—¡Dios mío! — exclamó la desgraciada mujer, besando aquella sortija de oro, el anillo del prometido.

—Después — siguió diciendo el sargento — continuó el combate. Yo caí gravemente herido... Perdí el conocimiento... Supe que los moros habían logrado apoderarse por pocos momentos de la casa, pero luego fueron barridos por nuestra artillería... No supe más del capitán Alvaro... Cuando me recobré, yo me encontraba en un hospital de sangre... Pregunté... Todo el mundo ig-

noraba qué había sido de mi bravo superior... He ahí, pues, señora, mi dolorosa misión... He cumplido el último deseo del capitán al entregar a usted su reliquia...

Ella ya no le oía... La dolorosa fuerza de la realidad la hizo perder las fuerzas. Tumbóse y cayó desvanecida.

Llamó el sargento a unos criados. Estos condujeron a la señorita a su lecho...

Cuando la señorita volvió en sí, la rodeaban su madre y el señor de Mendoza... Y entonces, ella, con lágrimas ardientes, les contó su desventura, la muerte del capitán, del hombre que era el dueño de su alma... Omitió, naturalmente, que fuese su marido. Ya, ¿para qué?

Y sin querer ver a nadie, se sumió en la soledad de su dolor.

La marquesa de Rocamora, su madre, se conmovió mucho por el dolor de su hija, y en cuanto a Mendoza, consideró que las cosas no podían ir mejor para Fernando de Córdoba. Desaparecido el preferido rival, la vía estaba libre...

Pasaron los meses.
Rosario, planta que parecía secarse sin el



...cayó desvanecida...

aire del amor, volvió a Sevilla, acompañada de su madre, de Mendoza y de Fernando de Córdoba.

Mendoza, con la esperanza de ver alejarse de Rosario los sombríos pensamientos,

deseó sumergirla en el baño tibio y perfumado de Andalucía...

Pero ella seguía inconsolable en el misterio de su viudez... y ni aquella tierra que le recordaba su infancia y sus mejores horas, le producía sensación alguna.

Visitaron la Feria, ese magnífico cuadro de color que se repite cada primavera y sobre el que ponen una vibración escalofriante el rasguco de las guitarras y el repique de la castañuelas... Pero nada... nada... conseguía alejar la gran tristeza de Rosario.

—Pero, ¿qué tienes, hija mía? ¿Es que no podrás borrar jamás de tu memoria el recuerdo de ese hombre? ¿Tanto le has amado que no hay felicidad para ti?—le preguntaba la marquesa.

—Sí, mamá... Le he querido tanto, que al perderlo, he perdido conmigo todo deseo de amar... Ya no quiero casarme.

—Sin embargo, Fernando de Córdoba te quiere... Y es tan buen caballero...

—No lo niego... pero es inútil que os empeñéis tú y tu marido. Nada conseguiréis de mí.

Y la dulce muchacha, no queriendo reve-

lar a nadie el secreto de su vida, sólo encontraba un poco de consuelo en los brazos protectores, maternos y dulces de su nodriza.

—¡Niña, llora... llora, si esto te sirve de consuelo!

—Loreto... Al perder a ese Alvaro... es como si hubiera perdido mi propia vida.

Y en vano se sucedían las fiestas en la ciudad, y la marquesa de Rocamora, que seguía en su afán loco de divertirse, buscaba que su hija volviese a ser la rosa fresca y fragante del vergel de Andalucía.

Rosario, no encontrando la paz en las fiestas mundanas, dedicóse a visitar a los heridos, llevándoles regalos y flores para amortiguar la soledad de sus tristezas.

Cierta mañana se dirigió a visitar uno de los hospitales de sangre, levantados en el regazo tibio y dulce de la capital andaluza.

El júbilo de las calles llegaba apagado hasta las blancas celdas del hospital, donde curaban de sus heridas los héroes de Africa.

Ella acompañada de los médicos fué recorriendo las diversas salas del dolor, donde hombres jóvenes, tras la batalla con los mo-

ros, sostenían otra batalla más cruel aun. La lucha contra la muerte.

Rosario encontraba un ligero consuelo para sus penas en aquellas visitas de piedad.

Entregaba flores a los heridos, les decía palabras de consuelo y los pobres dolientes abrían los ojos y sentían en su alma el optimismo que dejaba a su paso aquella mujer, como una imagen de la vida.

Rosario, después de visitar las distintas salas del hospital, llegó a una de las celdas donde se encontraba un herido gravísimo, que deliraba.

Nadie sabía quien era. Un médico le mostró la ficha colgada en la cabecera del doliente.

Ella leyó:

Nombre: Desconocido. Hallado sin documentos.

Nacimiento: se ignora.

Regimiento: Se ignora.

Procedencia: Vapor hospital "Victoria Eugenia".

Enfermedad: Herida en la cabeza por un casco de granada. Pérdida de la memoria.

Rosario acercóse al herido cuya cabeza

parecía casi oculta entre una montaña de algodón.

Lo miró con fijeza, intentando recordar aquellos rasgos desencajados y tristes, la mirada de aquellos ojos que contemplaban de modo inexpresivo y doliente.

Se estremeció y dió un grito terrible, reconociendo al herido:

—¡Alvaro!

El herido no hizo el menor movimiento. Sus ojos la contemplaron con una fijeza muerta.

—Alvaro... pero eres tú... ¡Tú, vivo!

Y abrazóse a él, acariciando y besando aquella cabeza herida de la que parecía haber huido el entendimiento.

—¡Alvaro!... ¡Soy yo... tu Rosario! ¡Yo que te creía muerto... pues me devolvieron tu anillo!

Las pupilas del capitán parpadaron como si se encendieran de pronto con la llama de la inteligencia, pero volvió a caer en un profundo letargo.

Y ella siguió abrazando al herido como si quisiera infundirle otra vez la soberana luz del raciocinio...

Acudieron unos médicos, separando a la señorita del desconocido... Ella, llorando desesperadamente, exclamó:

—¿Sé quien es... le conozco... Es el capitán



—¡Alvaro!... ¡Soy yo... tu Rosario!

Alvaro de Guillén... Quiero quedarme aquí como enfermera...

Y la misma tarde, atendiendo a sus ruegos, vestía la blanca toca y se disponía a no moverse ni un momento del lado de su esposo...

Y el milagro ocurrió. Al día siguiente, la constante presencia y la amada voz de Rosario hicieron el milagro de que el capitán recobrara su equilibrio mental.

Y al ver junto a él a Rosario, creyó ahora morir de felicidad... Y también ella sintió la más grande alegría de su vida...

¡Salvado!... ¡Salvado!... Otra vez la luz a su memoria... otra vez la vida a sus miembros.

Cuando la marquesa de Rocamora y Mendoza fueron al hospital, enterados de que Rosario estaba allí, quisieron disuadirla de su intento de quedarse como enfermera, pero la joven, sin temor alguno, confesó por entero la verdad.

Estaba casada con el capitán Alvaro de Guillén.

Mendoza se enfureció al conocer la noticia... pero su rabia fué impotente. Estaban bien casados... Y no había poder humano capaz de romper lo que unió Dios.

Y tuvo que resignarse bien a regañadien-

tes a que Fernando de Córdoba no ascendiera a la categoría de yerno.

Un mes después, el capitán Alvaro de Guillén estaba ya completamente restablecido...

Iban a ascenderlo por méritos de guerra... Rosario paseaba orgullosa con él, satisfecha de que las gentes la vieran en compañía de un héroe...

Y ya para siempre la felicidad sonrió a aquel matrimonio que había pasado su calvario de amor para vivir por fin la alegría de la resurrección.

FIN

¡El mayor éxito editorial del año!

La formidable novela

Los Cuatro Diablos

Asunto dirigido por el coloso de la escena muda,
Murnau, director de AMANECER

Interpretes:

Janez Gaynor, Nancy Drexel, Charles Morton, Barry
Norton y Farrell MacDonald

Reciente estreno en Madrid, alcanzando el éxito que
cabía esperarse de tan extraordinaria producción.



ENCARQUE

inmediatamente a su librería este libro de las selectas
Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica

VOLGA,

VOLGA,

VOLGA

¡NO LO OLVIDE!

Acaba de ponerse a la venta con

GRAN ÉXITO

en las selectas

Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal
Cinematográfica

la emocionante novela

La Sinfonía Patética

por

GEORGES CARPENTIER

EXCLUSIVA DE VENTA

PARA ESPAÑA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.



BARCELONA: Barbaró, 16

MADRID: Caños, 1

E. B.

